

DIOS VE EL CORAZÓN, EL CORAZÓN VE A DIOS

El corazón-fuente

Es más fácil purificar la copa o el plato que el corazón. A la copa o al plato se los ve, pero ¿qué es el corazón? ¿Es esa súbita emoción o ese deseo que sube de mi corazón lo que me lo revela? ¿Es profundo? De inmediato se plantea la pregunta acerca del conocimiento del corazón, de su verdad por oposición a las ilusiones de la sensibilidad, de sus profundidades a las que no llegan los deseos superficiales, del amor mismo, a la vez invisible en su fuente y visible en sus signos. Los opuestos “profundidad-superficie”, “verdad-ilusión”, “visible-invisible” corresponden a la distinción bíblica del hombre interior y del hombre exterior (Cf. *Rm.* 7, 22 y *2Co* 4, 16).

El corazón pertenece a lo interior, secreto, profundo, y el hombre jamás termina de explorar los espacios de su propio corazón. El corazón es lo que está “en el corazón”, es decir, en el centro. De allí nacen no sólo los pensamientos y las voluntades, sino la vida misma: *Guarda tu corazón*, dicen los *Proverbios*, *porque de él brotan las fuentes de la vida* (4, 23). El corazón mismo es fuente puesto que de él provienen los pensamientos y las intenciones que sustentan los actos. Origen y centro, es a la vez el lugar de la interioridad —donde las metáforas de centro, abismo o cima, coinciden—, y el de la unidad —donde el hombre es aprehendido en su centro, antes o más allá de las distinciones de las facultades o de las potencias del alma.

El conocimiento del corazón está vinculado con ese doble movimiento de interiorización y de unificación: volver al corazón es

De *Communio*, XIII, 5 – septiembre-octubre 1988. Traducción de la Hna. Ma. Graciela Sufé, o.s.b. (Ntra. Sra. del Paraná), publicada con la amable autorización de la revista.

unificar la inteligencia y el corazón o “hacer descender la inteligencia al corazón”, como dirán algunos Padres de la Iglesia oriental; y esa vuelta al corazón es una vuelta a Dios; no es el hombre, sino Dios, el centro del hombre, y si el pecado encierra al hombre en su propia autonomía, la gracia lo abre a Dios que es su principio y su fin.

Es Dios quien ha hecho el corazón del hombre. A su imagen y a su semejanza. Esto significa que “alguna cosa” del corazón del hombre nos hace conocer el corazón de Dios. Pero es precisamente allí donde la impureza ha vuelto opaco el corazón con respecto a Dios y a sí mismo, y sólo el corazón puro o el corazón de los santos manifiesta el amor de Dios que lo ha hecho y para quien es hecho.

Es Dios quien conoce el corazón del hombre. Desde el canto del salmista hasta las repetidas afirmaciones del *Evangelio de San Juan*¹, aparece que sólo Dios conoce el corazón del hombre porque *nada está oculto a sus ojos*:

*Señor, tú me sondeas y me conoces:
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos...
Señor, sondéame y conoce mi corazón... (Sal 138, 1.2.7).*

La distinción “exterior-interior” es una distinción humana y la mirada de Dios envuelve al hombre y “pone al desnudo” su corazón:

*¿A dónde iré lejos de tu aliento,
a dónde escaparé de tu mirada?*

Por último es Dios quien revelará el corazón del hombre.

Porque *nada está oculto* a sus ojos, sólo Dios puede “manifestar” el “secreto de los corazones” y a él solo pertenece el juicio. El paso de “lo oculto” a “lo manifiesto” depende de Dios y no del hombre porque esta manifestación del “secreto de los corazones” se hará por la manifestación de su gloria.

El corazón del hombre es secreto y no puede ser conocido sino por la mediación de actos y palabras. Es semejante a un árbol que se reconoce en sus frutos: un buen árbol produce frutos buenos y un mal árbol produce frutos malos.

1. Dios *conoce* los corazones (Jn 6, 64; Rm 6, 27; Ap 2, 23); Dios *prueba* los corazones (1Ts 2, 4); *consolida* los corazones (3, 13); *consuela* los corazones (2Ts 2, 15); *dirige* los corazones (3, 5); *tranquiliza* los corazones (1Jn 3, 19-21); *abre* los corazones (Hch 16, 14); *guarda* los corazones (Flp 4, 7); *purifica* los corazones (Hch 15, 8).

Hay otras imágenes evangélicas del corazón: la del tesoro del que se sacan cosas buenas o malas [sic en el original] y la del campo. La comparación del campo y del corazón se refiere a dos parábolas: la del sembrador que siembra en una buena tierra donde la semilla produce fruto en abundancia, o en una mala tierra donde *el Malig-no arrebató lo sembrado en el corazón del hombre* y los abrojos ahogan la semilla (Mt 13, 22-25), y la del campo donde el diablo va a sembrar cizaña (13, 25). El corazón es una tierra que recibe la semilla de la palabra de vida —y la imagen de esta “buena tierra” es María, “Terra virgo”—, pero el diablo siembra también semillas de muerte. Y es preciso “limpiar” el corazón así como se limpia el campo arrancando la cizaña o los abrojos que lo invaden.

Pero el corazón es también el lugar en que se enfrentan las tinieblas y la luz y su purificación es en primer lugar una iluminación: el entrar en la verdad de la luz, de que habla Jesús a la samaritana en *Juan 4* y la *iluminación (phôtismos)* bautismal o penitencial. La imagen del paso de las tinieblas a la luz comprende el reconocimiento del pecado en el acto de conversión del pecador. El conocimiento de las “tinieblas” del corazón humano exige la irrupción de la luz en las “profundidades” del corazón y la “mentira” del corazón del hombre no puede conocerse sino estando “fuera de sí”.

Sólo en estado de éxtasis (*Yo decía en mi apuro* [en mi consternación, *én ekstasei*], estando fuera de mí: *Los hombres son unos mentirosos*, Sal 115, 2), David pudo decir, según Gregorio de Nisa al comentar el texto griego de los LXX del Sal 115, 2: “El hombre no es más que mentira”... Este descubrimiento de la “mentira” radical del corazón del hombre, que no cesa de alejarse de Dios, o de su impureza profunda, corresponde a la experiencia simétrica de la imposibilidad de un acto totalmente puro: todos los actos y palabras del hombre están manchados de impureza y de mentira, porque el hombre no es más que mentira y su corazón es impuro.

De ahí el clamor del salmista:

*Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme... (Sal 50, 12).*

¿Quién podrá purificar el corazón del hombre? ¿Quién podrá darle un “corazón nuevo” si no el Espíritu de Dios que resucita a los muertos? Porque la purificación del corazón no es solamente un paso de las tinieblas a la luz, sino también de la muerte a la vida.

¿Quién podrá descubrir en el corazón del hombre los gérmenes de muerte, si no ese mismo Espíritu? Pero, ¿qué es lo puro y lo impuro?

Lo puro y lo impuro

En el Antiguo Testamento, la experiencia de la santidad de Dios impone la necesidad de santificarse para presentarse ante él en su Templo santo. La teofanía de la zarza ardiente en el libro del *Éxodo* o la visión de *Isaías* (cap. 6) de la gloria de Dios que invade el Templo, es la misma experiencia de la temible santidad de Dios a quien Moisés no se puede aproximar sin quitarse las sandalias, y de quien el profeta no puede hablar antes de que un serafín haya purificado sus labios con una brasa ardiente.

La pureza es la condición de acceso a lo sagrado: es puro lo que puede aproximarse a Dios, sostener el resplandor aun oculto de su gloria; es impuro lo que vuelve inepto para su culto o es excluido de él. Porque es en vista del culto que el *Levítico* prescribe la “ley de pureza” (caps. 11-16) y la ley de santidad (caps. 17-26) como los dos aspectos negativo y positivo de la misma exigencia divina.

Los animales puros son los que pueden ser ofrecidos a Dios (*Gn* 7, 2); los animales impuros son los que parecen repugnantes o malos o los que los paganos consideran como sagrados (*Lv* 11). Pero las reglas de lo puro y de lo impuro afectan igualmente al nacimiento (cap. 12), a la vida sexual (cap. 15); a la muerte (cap. 21, 1.11 y *Nm* 19, 11-16), dominios misteriosos reservados a Dios, Dueño de la vida y de la muerte. Aquí otra vez como en el *Génesis*, la prohibición se refiere a la posesión de la vida que sólo pertenece a Dios.

Y las prohibiciones de la “ley de pureza” contienen la misma amenaza de muerte que el mandamiento de Dios en el *Génesis*. *Mantendréis alejados* —dice el *Levítico*— *a los israelitas de sus impurezas, para que no mueran a causa de ellas por contaminar mi Morada, la que está en medio de ellos* (15, 31).

Las discusiones sobre lo puro y lo impuro en el judaísmo palestino mantienen esta exigencia de purificación legal. Pero Jesús opone a la pureza ritual de los fariseos (abluciones y prohibiciones alimenticias)² la pureza de corazón o de intención: no es lo que pe-

2. Es una reflexión de *Marcos* sobre las prohibiciones alimenticias que ponían obstáculos a la mesa común entre cristianos de origen judío y cristianos de origen pagano.

netra en el vientre lo que hace impuro al hombre, sino

Lo que sale del hombre, eso es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraude, libertinaje, envidia, injuria, insolencia, insensatez. Todas estas perversidades salen de dentro y hacen impuro al hombre (Mc 7, 20-23).

Es del interior, del corazón, de donde salen los males que hacen impuro al hombre, y no basta con lavar los cuerpos para ser puro, es necesario también purificar el corazón de los pensamientos que lo manchan. La impureza no es en primer lugar la impureza del cuerpo, sino la impureza del corazón: es el corazón lo que hace impuro al cuerpo, y las múltiples pasiones del hombre que se expresan por medio de su cuerpo provienen de la impureza de su fuente, el corazón. Hay una misteriosa relación entre los *ojos* de Adán que se le *abren* después de su pecado, la *desnudez* de su cuerpo que entonces *ve* y el corazón que es el reverso de la mirada³. Inversamente los hijos de Noé que cubrieron la desnudez de su padre tensan en el corazón temor de Dios y respeto de su padre.

¿Cuál es pues la raíz de la impureza de corazón? ¿Cómo purificar el corazón? Y ¿quién purificará el corazón?

I. El único amor y la simplicidad de corazón

1. *El único Dios y el único amor*

La pureza de corazón se define en primer lugar por el objeto de su amor y no hay más que un objeto de amor para el corazón del hombre: Dios. La afirmación agustiniana: "Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta descansar en ti", no es más que la traducción en el orden de la experiencia del mandamiento del amor de Dios, esencia de la Ley:

Escucha, Israel⁴. El Señor nuestro Dios es el único Señor. Ama-

La sección sobre lo puro y lo impuro (cap. 7) se encuentra entre las dos perícopas de la multiplicación de los panes (cap. 6) y de los peces (cap. 8), lo que indica el contexto eucarístico de esta prescripción sobre los alimentos prohibidos.

3. La "guarda de los ojos" y la "guarda del corazón" van juntas.

4. Comienzo de la oración del *Shemá Israel* que se convertirá en una de las oraciones más queridas a la piedad judía. Otra traducción propuesta: "Escucha Israel, Yahveh es nuestro Dios, sólo Yahveh".

rás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza (Dt 6, 4-5). Esta ley de amor dada a Israel, y por medio de Israel a las naciones, corresponde a la revelación del Dios único: *Yo soy Yahveh tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre. No habrá para ti otros dioses delante de mí. No te postrarás ante esos dioses ni les servirás. Porque yo, Yahveh tu Dios, soy un Dios celoso* (Dt 5, 6.7.9; Éx 20, 1-17).

La revelación del único Dios que funda el monoteísmo exige el único amor, y esta exigencia es una exigencia de amor porque Dios es un Dios celoso⁵.

Yahveh, tu Dios, es un fuego devorador y un Dios celoso (Dt 4, 24). Ese celo de Dios es el exceso mismo del amor de Dios. Y éste amor es Dios mismo que es amor. El celo no es un atributo de Dios entre otros, es lo propio del Dios único que es amor. La revelación del Dios único lleva en sí misma el mandamiento del amor único a Dios. Todo otro amor es un ídolo que enciende el fuego del celo divino⁶. Hay una ecuación exacta entre los celos del amor de Dios y el conocimiento de lo que él ES: cuanto más ame el hombre a Dios con todo su corazón, tanto más conocerá a Dios; o, cuanto más la llama viva de amor lo consuma, tanto más Dios se le revelará.

Hay pues una relación fundamental entre la pureza de corazón y el único amor: el corazón puro es el corazón cuyo amor total es Dios. Un corazón que ama a todas las creaturas y que se ama en Dios y para Dios. Un amor así, aun cuando no se realice a causa de la debilidad o del pecado del hombre, por lo menos apunta a ello, y esta intencionalidad del amor o esta "pureza de intención" es ante todo la pureza de corazón.

5. El tema de los "celos divinos" se encuentra desarrollado numerosas veces en la Biblia: Éx 20, 5; 13, 22; 34, 14; Is 33, 14; So 1, 18; Hb 12, 29.

6. Por eso el *Cantar de los Cantares* termina con este epílogo donde la Novia dice:
*Ponme cual sello sobre tu corazón,
 como un sello en tu brazo.
 Porque es fuerte el amor como la Muerte,
 implacable como el sheol la pasión.
 Saetas de fuego, sus saetas,
 una llama de Yahveh.*

(Ct 8, 6).

2. La simplicidad de corazón

a. Frente a esta exigencia del Dios único, la actitud recta del hombre es la de *El que anda sin tacha (tamim) y obra la justicia (tsedeq)* (Sal 15, 1). *Tam, tamim* significa, en hebreo, ser “completo”, “acabado”, “perfecto” (Gn 47, 18; Dt 2, 16; Jos 4, 10) o también “intacto”, “íntegro”, como la víctima del sacrificio que, según las prescripciones culturales del Lv 1, 1-3.10 debía ser sin defecto, y como Cristo que es *un cordero sin tacha y (amómos) sin mancilla* (1P 1, 19).

Es ese carácter sin defecto o esta perfección lo que se exige para servir a Dios, para *camionar con él o en su presencia* o concluir una alianza con él. Es preciso servir a Dios *perfectamente, con toda sinceridad* (Jos 24, 14), lo que la Vulgata traduce por *perfecto corde atque verissimo*.

El hombre “justo” o “íntegro” (*tam*) es el que *anda sin tacha (tam)* delante de Dios. Tres personajes del Antiguo Testamento son llamados así: Noé, Abraham y Job⁷. Son hombres *según el corazón de Dios* porque le son fieles de corazón.

Igualmente David había encontrado gracia a los ojos de Dios porque obraba en la “integridad”, la “perfección” o la “simplicidad” (según las tres maneras de traducir “*tam*”) de su corazón. Por eso Dios dice a su hijo Salomón: *Ahora, si andas en mi presencia como anduvo David tu padre, con corazón perfecto y con rectitud... afirmaré para siempre el trono de tu realeza sobre Israel como prometí a David tu padre* (1R 9, 4-5). Se trata una vez más de un contexto de alianza. Y en el Sal 77 sobre las lecciones de la historia de Israel, se dice que David *pastoreaba* a Israel con “*un corazón perfecto*”⁸ y lo guiaba con mano sabia (v. 72).

b. La simplicidad de corazón es definida en los LXX, los documentos de *Qumrán*, el *Testamento de los XII Patriarcas* y el *Pastor de Hermas* por oposición a la “duplicidad” de alma, *dipsychia*

7. Noé: Gn 6, 8-9 y Si 45, 15; Abraham: Gn 17, 1; Jb 1, 1.

8. Hebreo: *Tom lebabo*, traducido por los LXX *haplotèti tès kardias*; es interesante esta traducción de *tom* por *haplotès* en los LXX, que ordenará toda la reflexión posterior sobre la noción de “simplicidad”; cf. J. AMSTUTUZ, *Haplotès*, Bonn, 1968 y C. EDLUNG, *Das Auge der Einfalt*, Lund, 1952 y el artículo “Simplicité”, en el *Dictionnaire de Spiritualité*, I Parte: *La simplicité dans l'Écriture et les Premiers Pères de l'Église*, por Y. de ANDIA.

en griego, que significa: el alma doble (*diploun*) o dividida. El hombre “doble” es aquel que “no tiene palabra” porque tiene dos lenguas (*duo glóssas*) o dos “lenguajes”, *el pecador tiene la lengua doble* (Si 5, 9 y 6, 1), el extranjero cuya lengua es afilada *como espada de dos filos (distomos)* (Pr 5, 4), aquel a quien “se le van los ojos” sobre dos cosas a la vez, que tiene dos rostros (*diprosopós*). Todo ese lenguaje perfila la antropología de la duplicidad que es la imagen inversa del hombre creado por Dios en la rectitud, la integridad y la simplicidad.

c. Volvemos a encontrar esta misma antropología bíblica que no separa el alma del cuerpo sino que considera al hombre como un todo y a su misma vida como una unidad en el *logion* de Mt 6, 22-23 (ver también su paralelo Lc 11, 34-35) sobre el ojo: la relación *ojo-cuerpo, interior-exterior, luz-tinieblas* o *luz-buenas obras* es también la del *árbol y los frutos* en Mt 7, 16-20: así como por la calidad de sus frutos se reconocen los árboles, de la misma manera las acciones del hombre provienen de un órgano central, el corazón que se refleja en el ojo y se vincula con el mundo exterior por los ojos. De él provienen orgánicamente, como frutos, nuestras acciones.

Dios mira el “corazón” (Lc 16, 15); “pureza”, “rectitud”, “simplicidad” de mirada y de corazón indican la misma integridad o rectitud delante de Dios.

3. *La impureza de la idolatría*

La afirmación de que el hombre no puede “servir a la vez a Dios y a Mamón” en Mt 6, 24, a continuación del *logion* del ojo, revela la raíz de toda duplicidad: el hecho de querer servir a *dos señores*, Dios y el dinero. Frente a los fariseos, Jesús desenmascara al dinero como el ídolo en quien ellos ponen su confianza. El dinero, ídolo tanto más temible en cuanto es mal percibido como ídolo.

La raíz de la impureza es la idolatría que, frente al amor de Dios, es un amor adúltero.

Tal es el sentido profético de la historia de amor entre el profeta Oseas y Gomer la prostituta: *Ve —dice Yahveh—, ama a una mujer que ama a otro y comete adulterio, como ama Yahveh a los hijos de Israel, mientras ellos se vuelven a otros dioses* (Os 3, 1). El culto

de los hijos de Israel no es más que idolatría y desenfreno porque *un espíritu de prostitución hay dentro de ellos y no conocen a Yahveh (Os 5, 4)*:

La mancha fundamental es la idolatría. Jerusalén, al romper la alianza con Yahveh, ha *trocado la Gloria divina por el Inútil (Jr 2, 11)* y los que corrieron *en pos de la vanidad se hicieron vanos (2, 5)*. Da miedo escuchar los oráculos de Jeremías, y mantienen todá su fuerza profética: *la idolatría es el cambio de la Gloria divina por la nada y los que corren detrás de la vanidad se convierten en vanidad*. Y la idolatría a su vez engendra todos los crímenes:

*¡Qué hermoso te parece tu camino en busca del amor!
A la verdad; hasta con maldades aprendiste tus caminos.
En tus mismas haldas se encontraban manchas de sangre de
las almas de pobres inocentes (Jr 2, 33-34).*

La *sañgre de las almas de pobres inocentes recuerda la sañgre de los santos* y la *sañgre de los mártires de Jesús* con que se embriagaba la Gran Babilonia en la visión de la Ramera en el capítulo 17 del *Apocalipsis*.

4. *Frente a la nada y a la vanidad de los ídolos, la única purificación es el vacío y la nada del desierto*

La purificación de los ídolos pasa por el desierto, lugar de sed y de muerte, adonde Dios conduce a su pueblo, a la salida de Egipto, para purificarlo por medio de un largo *éxodo* antes de la entrada en la tierra prometida. Y el pueblo *murmura* porque ya no tiene las riquezas de Egipto. Ya no tiene "nada", sino a Dios.

El desierto tiene la pureza del monoteísmo: no hay nada, sólo Dios. Lugar de sed y de hambre, el pueblo no puede sobrevivir si Dios no le da el maná y el agua de la roca, esa *roca* que, dirá San Pablo (*ICo 10, 4*), es Cristo. Lugar del *éxodo* que no hacen más que atravesar, sin poder establecerse en él. Lugar de la prueba de la fe donde el hombre murmura contra Dios porque es despojado de sus riquezas anteriores. Lugar de la tentación donde, en esa ausencia de bienes materiales que satisfacen los sentidos, el espíritu del mal que engaña al hombre con la mentira y la vanidad de los ídolos se descubre finalmente como Satán, el adversario de Dios que busca alejar al hombre de Dios presentándole los ídolos de su deseo. Mas el

desierto es también el lugar de la ternura divina donde Dios “sin intermediario” da todo a su pueblo, pidiéndole tan sólo que tenga fe en él. Lugar de la seducción donde borra los adulterios y se liga con *amor eterno* a la *mujer*, imagen de su pueblo y de toda la humanidad. Lugar de la manifestación de su Gloria que ha consumido la vanidad de los ídolos.

Ese desierto bíblico es el desierto que atraerá a los Padres del desierto...

II. La guarda del corazón

1. *La lucha contra los pensamientos y el discernimiento de espíritus*

También la huida al desierto será el comportamiento de los solitarios que quieren dejarlo todo para buscar a Dios. Como bien lo demostró A. Guillaumont⁹, el solitario es aquel que es solo, no casado o célibe, pero también aquel que es único: todo esto significa el término hebreo o siríaco “jahid” que se traduce por *monachos*. En esta huida al desierto, el “monje” sale de la multiplicidad de acciones y de pasiones del mundo para buscar la unificación de toda su vida en Dios y para Dios. La vacuidad del desierto es la condición de la unificación del corazón: *concentra o unifica mi corazón en el temor de tu nombre*, dice el *Sal* 86, 11. La primera cualidad del corazón que corresponde al amor único del Dios único es la “simplicidad de corazón”, la segunda es el corazón unificado en ese amor único. Ahora bien, el paso de la multiplicidad de asuntos y preocupaciones del mundo a la unidad del desierto hace aparecer lo múltiple en el interior del hombre: la abundancia de los pensamientos que *proceden del corazón* vienen de varias fuentes. Orígenes en *De principiis* (III, 2, 4) distingue tres:

Encontramos que los pensamientos que proceden de nuestro corazón, —ya se trate del recuerdo de hechos cualesquiera o bien de la consideración de no importa qué cosas o de sus razones de ser—, a veces proceden de nosotros mismos, a veces son suscitados por las potencias adversas, a veces incluso son enviados por Dios o por los santos ángeles.

9. A. GUILLAUMONT, *Aux origines du monachisme chrétien*. Abbaye de Bellefontaine, 1979, 4: *Monachisme et éthique judéo-chrétienne*, pp. 47-66, sobre todo pp. 57 y 63 (Spiritualité orientale n. 30).

Esta distinción de tres orígenes de los pensamientos del alma: aquellos que “proceden de nosotros mismos”, los que son “suscitados por las potencias adversas” y los que “son enviados por Dios o por los santos ángeles” está en la base de todo el discernimiento de espíritus cuyo modelo sigue siendo la *Vida de Antonio* por Atanasio. Antonio ha recibido el “carisma de discernimiento”, uno de los carismas enumerados por San Pablo en *1 Co* 12, 10, que es, según Atanasio, el carisma propio del monje: En efecto, el discernimiento va a permitirle “ver” los pensamientos que vienen del enemigo —porque el discernimiento, en la vida monástica, es en primer lugar de orden contemplativo, es un “ver”, y no una práctica en vistas a una decisión a tomar— y desbaratar sus lazos. El discernimiento de espíritus, clave del combate espiritual, crece con el ejercicio de las virtudes más necesarias para el alma que las visiones o los carismas extraordinarios, como lo dice San Antonio antes que otros santos, y el ejercicio de las virtudes conduce a la *apatheia*, igualdad de alma tal que ya nada puede turbarla. Ni el ruido de las conversaciones, ni ninguna preocupación pueden apartar a Antonio de su silencio interior.

Hay dos retratos de Antonio: uno en el que sale de la tumba “igual a sí mismo, gobernado por la razón natural”¹⁰, otro en que se dice que se lo reconocía por sus ojos¹¹. Y estos dos retratos nos dicen qué es la pureza de corazón. Hay en primer lugar una irradiación del interior hacia el exterior, o tal transparencia del cuerpo respecto del alma o del corazón, que la pureza de corazón puede verse en la mirada o el corazón de un santo. El otro retrato nos indica que el término del esfuerzo ascético es ser uno mismo, “según la naturaleza”. La restauración de la naturaleza del hombre, tal como fue creada por Dios en su pureza original, es la meta de la ascesis. La lucha contra las tentaciones —y en particular, al comienzo de la *Vida*, la lucha contra el demonio de la lujuria—, ha permitido a Antonio discernir los “pensamientos” impuros como no provenientes “de él”, sino “del demonio de la impureza”, y separarse de ellos sin sucumbir a la tentación. Esos pensamientos no son “suyos” y, como él no los hace suyos, no lo manchan.

10. SAINT ATHANASE, *Vie et conduite de notre père saint Antoine* (= *Vie d'Antoine*), traduction par B. Lavaud, Collection Spiritualité orientale, n. 28, Abbaye de Bellefontaine, 1979, ch. 14, p. 34. En español: Introducción, traducción y notas por los Monjes de Isla Liqueña, Chile, en CUADERNOS MONÁSTICOS X, 1975, 33-34, pp. 165-234, y edición aparte (agotados).

11. *Vie d'Antoine*, ch. 67, p. 74. Vida de San Antonio, cap. 67.

El fruto del discernimiento espiritual y de la lucha contra las pasiones es el “conocimiento de sí”, de lo que nos es “propio” por oposición a lo que nos es “extraño”: esa es la “naturaleza”. Este discernimiento también hace aparecer una distinción entre aquello de lo cual Satán se ha apoderado, esa franja de nuestro psiquismo que son nuestras emociones o nuestra imaginación, y el refugio inviolado, el “corazón”, santuario o castillo interior, donde él no tiene derecho a penetrar: ese es el “corazón” donde habita Dios.

Así, al término de la purificación del corazón resulta que el corazón no puede ser alcanzado si uno no encuentra a Dios que habita en él; si no, uno se queda en la periferia, en la superficie de sí mismo, sin conocer jamás el “lugar del corazón”. Es preciso pues pasar de la exterioridad a la interioridad, de la multiplicidad a la unidad y de la alteridad a la identidad para encontrar el corazón.

2. *El corazón-espejo*

La *Vida de Antonio* habla de la “naturaleza”, pero en la *Vida de Pacomio*, se trata del corazón: Pacomio, como Antonio, ha luchado contra los demonios. Pide y obtiene no sucumbir más al sueño. “Gracias a la pureza de su corazón, veía por decirlo así, al Dios invisible como en un espejo”¹².

El corazón es el lugar de la contemplación de Dios: si el corazón es puro, Dios se refleja en él “como en un espejo”. El “corazón-espejo” es la transposición en una metáfora óptica del tema teológico de la imagen y de la semejanza. El reflejo de Dios en el espejo del corazón es la imagen de Dios que permanece invisible. Cuanto más puro es el corazón, más se deja ver Dios en su imagen. La visión de Dios que se forma en el corazón prepara la visión de Dios cara a cara. Esta relación entre la pureza de corazón y la visión de Dios es la bienaventuranza propia del corazón (*Mt* 5, 5).

Esta metáfora del corazón-espejo¹³ será desarrollada sobre todo por los Capadocios con una perspectiva trinitaria o, más precisamente, pneumatológica.

12. *Vie de Pachôme*, ch. 22.

13. El mismo tema en GREGORIO de NACIANZO: “El alma se vuelve cada día más como un espejo immaculado de Dios y de las cosas divinas: la luz se suma allí a la luz, nuestras tinieblas se abren a la claridad mientras esperan que llegemos a la fuente de los reflejos de este mundo y que toquemos el término bienaventurado, donde las imágenes se borran ante la verdad”. *Oración* 20, 1.

a. En el capítulo IX de su *Tratado del Espíritu Santo*, cuyo carácter plotiniano han subrayado los comentaristas, Basilio se pregunta cómo puede realizarse la introducción del alma en la familiaridad del Espíritu:

No consiste en una aproximación local —porque ¿cómo podría aproximarse corporalmente a lo Incorpóreo?— sino en la exclusión de las pasiones que, como consecuencia de su amor por la carne, terminan por acosar al alma y la separan del parentesco con Dios.

En consecuencia, purificarse de la fealdad amasada por el vicio, volver a la belleza de la naturaleza y, por decirlo así, a la imagen real, por la pureza, restituir su forma primitiva,

es la única manera de aproximarse al Paráclito. Él, como un sol que se apodera de un ojo muy puro, te mostrará en sí mismo la Imagen del Invisible. Y en la bienaventurada contemplación de la Imagen, verás la indécible belleza del Arquetipo.

Por él los corazones se elevan, los débiles son tomados de la mano, los que progresan devienen perfectos. Es él quien, al brillar en los que están purificados de toda mancha, los vuelve espirituales por la comunión con él. Como los cuerpos límpidos y transparentes, cuando son alcanzados por un rayo, se convierten ellos también en centelleantes, y desde sí mismos reflejan otro resplandor; de la misma manera, las almas que llevan el Espíritu, iluminadas por el Espíritu, se convierten ellas también en espirituales y refractan la gracia en los demás¹⁴.

Aquí también se trató de volver a la “belleza de la naturaleza” o a la “imagen real” purificando el alma de la fealdad del vicio; y, esa vuelta o esa restauración de la naturaleza es al mismo tiempo una divinización del alma que, iluminada por el Espíritu, se vuelve más espiritual.

b. Basilio introduce un tema nuevo en la meditación de la naturaleza: el de la belleza; y a propósito de la belleza Gregorio de Nisa retomará la metáfora del “espejo” en la *Homilía IV* sobre el versículo 1, 15 del *Cantar de los Cantares*...:

¡Qué bella eres, amada mía, qué bella eres! ¡Palomas son tus ojos!

El texto dice a quien se ha vuelto bella: Has rechazado toda participación en el mal y te has acercado a mí; te has vuelto cercana a la belleza ejemplar y tú misma te has convertido en bella, transformada, como un espejo, en mi imagen.

Porque la naturaleza humana, transformada según las imágenes de sus elecciones, se asemeja verdaderamente a un espejo. Vuelta hacia el oro, parece

14. BASILE, *Sur le Saint-Esprit*, SCh 17 bis, Paris, 1968, pp. 327-329.

ser de oro y presenta el resplandor de esa materia a través del reflejo; o bien si refleja algún objeto vil, lleva, a causa de la semejanza, la impronta de esa fealdad...

Por lo tanto, cuando el alma purificada por el Verbo, ha dejado detrás de sí el mal, recibe en sí misma el disco del sol y brilla con la luz que se ve en ella. Por eso el Verbo le dice: Ya te has convertido en bella al acercarte a mi luz, porque esta cercanía te acarrió la participación en la belleza¹⁵.

Como el espejo refleja la imagen hacia la cual mira, de la misma manera, por la contemplación, el alma se convierte en imagen de lo que contempla, y participa de la luz y de la belleza del Verbo cuando fija en él sus ojos. El sol no es más, como en el *Tratado del Espíritu Santo* de Basilio, la imagen del Espíritu, sino la del Verbo que es la *luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo* (Jn 1, 7). En el *Cantar de los Cantares* el Verbo llama a la Novia: *Levántate, amada mía, hermosa mía, mi paloma* (2, 10). Para ser iluminada es necesario que ella se acerque a la luz y para convertirse en hermosa, es necesario que se acerque a la belleza del Novio.

Ocurre así como con el espejo de la naturaleza humana —dice Gregorio—, no era bello en el origen, pero desde que se acercó a lo bello, fue transformado por la imagen de la belleza de Dios. De la misma manera, la Esposa ... se vuelve hacia la belleza arquetipo: por eso al acercarse a la luz, se convierte en luz. Y en la luz, refleja la hermosa imagen de la paloma, quiero decir, de esa paloma cuya forma revela la presencia del Espíritu Santo. Por eso el Verbo, al dirigirse a ella, la llama hermosa porque se ha acercado a él, y paloma porque es hermosa¹⁶.

No se trata solamente de la reflexión de la imagen en un espejo, sino de la transformación del espejo en la imagen que refleja. Al acercarse a la Luz, la Esposa se convierte en luz y al reflejar la "hermosa imagen de la Paloma", se convierte en "paloma".

La contemplación amorosa es transformante: la belleza de la Esposa es la belleza del mismo Esposo. Por eso los amigos del Esposo tuvieron el "corazón consolidado" contemplándola, porque vieron en ella más claramente al invisible. Y así como los que no pueden ver el disco mismo del sol, contemplan su reflejo en el agua, de la misma manera, los amigos del Esposo contemplan en la Iglesia, como en un espejo puro, al Sol de Justicia que se da a conocer en su reflejo¹⁷.

15. GRÉGOIRE de NYSSE, *La Colombe et la Ténèbre*, textes choisis par Jean Daniélou et traduits par Mariette Canévet, Paris, 1967, pp. 51-52.

16. *Íd.*, *Homélie V*, p. 70.

17. *Íd.*, *Homélie VIII*, p. 118. Pasaje paralelo en BASILIO, *Tratado del Espíritu Santo*, IX, 23; XIV, 33.

La Iglesia es aquí el espejo del corazón, que manifiesta de una manera visible la belleza invisible del Esposo, y por medio de esta manifestación, el corazón es “consolidado”.

3. El corazón-imagen

El tema del corazón-espejo reaparece en Gregorio de Nisa, en la *Homilía sobre la VI bienaventuranza de los puros de corazón*¹⁸. Gregorio indica la interioridad como lugar de la visión de Dios para el hombre: *El reino de Dios está dentro de vosotros* (Lc 17, 21). Por esto aprendemos que con un corazón purificado de toda creatura y de todo sentimiento carnal, vemos en nuestra propia belleza, la imagen de la belleza divina¹⁹.

La adhesión del corazón respecto de las creaturas humanas es la “mancha” que lo “ensucia” y lo oscurece —volvemos a encontrar la exigencia del único amor divino— en tanto que es purificado por el desprendimiento, semejante al hecho de sacar una capa de herrumbre:

Eres como una pieza de hierro; bajo la piedra de afilar, la herrumbre desaparece; ella era negra y he aquí que refleja el resplandor del sol y brilla a su vez. Como ella, el hombre interior, el corazón, como dice aquí nuestro Maestro, una vez liberado de la herrumbre que manchaba su belleza, recobrará la imagen primera y será bueno. Así el hombre, al mirarse verá en sí mismo a aquel que busca. Y esa es la alegría suprema que llena su corazón purificado: mira su propia pureza y descubre en la imagen al modelo. Cuando uno mira el sol en un espejo, incluso sin levantar los ojos hacia el cielo, ve al sol en el brillo del espejo, tan bien como si mirara el mismo disco solar. Tú no puedes contemplar la luz en sí misma, pero si descubres la gracia de la imagen depositada en ti desde el comienzo, poseerás en ti el objeto de tus deseos²⁰.

Gregorio plantea la igualdad: hombre interior = corazón = imagen.

Purificar el corazón es “recobrar la gracia depositada en ti desde el comienzo”. Y ver a Dios será mirar en el corazón purificado y des-

18. Sobre la exégesis de la bienaventuranza de los puros de corazón en el NT, ver Dom J. DUPONT, *Les béatitudes*, t. II, *Les Évangélistes*, c. VIII: *Les purs de coeur*, Paris, 1969, pp. 557-603 y, para el tema de la pureza de corazón en la tradición monástica y patristica, los artículos de J. RAASCH en *Stydia Monastica*, de 1966 a 1970. En español: Traducción de la H. M. E. Suárez, en CUADERNOS MONÁSTICOS XIII, 1978, n. 46-47, pp. 297-338 (I Parte).
19. GREGOIRE de NYSSE, *6^e Homélie sur les béatitudes dans Les Béatitudes*, Collection des Pères dans la foi, Paris, 1979.
20. *Ibid.*, p. 85.

cubrir, en la imagen, el modelo. El esquema "Luz-Imagen-Arquetipo" era, en el *Tratado del Espíritu Santo* de Basilio, el de la contemplación o de la doxología trinitaria: por la iluminación del Espíritu, contemplar en la Imagen del Dios invisible, al Arquetipo que es el Padre.

Aquí, el corazón-imagen es como el Verbo, Imagen de Dios, el lugar de la mediación de la visión de Dios. Lo que Gregorio no agrega —y que nosotros quisiéramos desarrollar en la tercera parte— es que, así como la imagen de Dios en el hombre es restaurada por la encarnación del Verbo y la imitación de Cristo, Imagen de Dios, por el hombre que se convierte en su imagen haciéndose su discípulo y marchando en su seguimiento por un camino "angosto y estrechado", el "camino del Reino", de la misma manera, el corazón del hombre sólo es verdaderamente purificado, si se convierte, a imagen del corazón de Cristo, en un corazón herido, *manso y humilde*.

Es el momento cristológico de la purificación del corazón que es inseparable de su dimensión pneumática: sólo el Espíritu *crea en nosotros un corazón puro* (Sal 51 [50]).

III. El Corazón, fuente de pureza

La impureza no es solamente la impureza de los ídolos, de las pasiones o de los pensamientos, y la purificación del corazón, el combate espiritual para adquirir la *apathéia* y el discernimiento de espíritus; hay algo más. Podríamos detenernos aquí y definir la pureza de corazón a la vez por la *simplicitas* y la *puritas cordis*, otro nombre de la *apathéia*, fruto de la *praxis* y condición de la *theoria*, pero hay una nueva profundidad de la pureza de corazón que descubrimos en la contemplación del corazón traspasado de Cristo en la cruz.

La última impureza es, según las reglas de lo puro y de lo impuro en el Antiguo Testamento, la del cadáver que mancha todo lo que toca; y es del corazón de Cristo muerto de donde brotan las fuentes vivificantes de la sangre y del agua, símbolos sacramentales del bautismo y de la eucaristía. El corazón de Cristo es fuente de pureza, como lo profetiza el oráculo de Zacarías:

Aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para lavar el pecado y la impureza. Aquel día —oráculo de Yahveh Sebaot— extirparé yo de esta tierra los nombres de los ídolos y no se volverá a mentarlos; igualmente a los profetas y el espíritu de impureza los quitaré de esta tierra (Za 13, 1-2).

Se nombra al *espíritu de impureza*, porque es precisamente un espíritu que está en la fuente de toda impureza y es ese espíritu de impureza el que ha sido vencido por la cruz.

1. *La herida del corazón*

Esta última purificación del corazón por la cruz está simbolizada por la "herida" ... No basta con decir que la purificación del corazón es la restauración de la imagen original: queda la herida. Y la herida de Cristo es un signo de gloria. Cristo se hace reconocer por sus llagas: su cuerpo resucitado es transfigurado con sus heridas.

De la misma manera, la última purificación del corazón es la herida del corazón: *Un corazón contrito y humillado, tú no lo desprecias*, dice el salmista (*Sal* 51 [50], 19). Es la herida de la contrición del corazón que "funde" el medio del pecho y deja brotar la fuente de las lágrimas purificantes.

La herida es también la purificación pasiva que Dios efectúa cuando "toca" el corazón. El alma siente en primer lugar el toque de Dios como un dolor extremo antes de ser vivificada y regocijada por él. Experiencias olvidadas actualmente de la santidad quemante de Dios, de su visión insostenible, de su "presencia" que provoca temor y temblor. La pérdida del sentido de lo sagrado está acompañada de un debilitamiento de la experiencia de Dios.

La purificación pasiva es experimentada en primer lugar como "golpes y heridas", antes de ser un gozo y una pacificación íntima del alma. Gregorio de Nisa desarrolla el tema de las purificaciones pasivas en su *Comentario del Cantar de los Cantares* a propósito del versículo en que la Novia dice: *Me encontraron los centinelas, me golpearon...* (*Ct* 5, 7). Primeramente la Novia gime por ser golpeada y herida de ese modo, hasta el momento en que comprende que el cayado que la golpea es el mismo que el *cayado que la consuela* (*Sal* 22, 4)²¹, es decir el Espíritu Consolador (Paráclito). Es entonces cuando su desolación se cambia en consolación y llama "delicioso" a ese golpe. Llamar al golpe que la hiere "delicioso" es la

21. GRÉGOIRE de NYSSE, *La colombe et la ténèbre. Homélie XII*, p. 178-179, juega con la versión de los LXX del *Sal* 22 que traduce "consolar" por el verbo griego *parakalo*, que da el sustantivo "Paráclito", el defensor y el consolador; de ahí la relación entre el golpe que "consuela" y el Espíritu Paráclito.

señal más exacta de la purificación del corazón por el Espíritu, porque verdaderamente es preciso ser visitada por el Espíritu para que el padecimiento sea reconocido como una purificación del corazón por el mismo Espíritu, fuente de una mayor unión y, en consecuencia, de un mayor gozo, "aunque es de noche..."

2. *La llaga de amor*

La intuición de Gregorio fue retomada por Juan de la Cruz en la *Llama de Amor Viva*. La llama viva no es sino el Espíritu Santo que hiere al alma con tanto poder que ella se funde en amor. Es la "que tiernamente hieres de mi alma el más profundo centro" (*Estrofa* 1). Esto ocurre en el centro más profundo del alma, allí donde ni el diablo ni los sentidos tienen acceso; y volvemos a encontrar esta idea tan querida por Gregorio de que cuanto más interior es un alma, más pasiva es, es decir, más se deja "tocar" profundamente sin ofrecer resistencia y más es alcanzada en su "centro", su "corazón", que le es revelado por la herida misma. Hay una triple relación entre interioridad, pasividad y pureza:

Cuanto más interior es [el alma], más pura es, y cuanto hay más de pureza, tanto más abundante y frecuente y generalmente se comunica Dios, y así, es tanto más el deleite y el gozar del alma y del espíritu, porque es Dios el obrero de todo, sin que el alma haga de suyo nada²².

Esta herida de amor es la curación de las heridas hechas por el pecado, ella cura hiriendo y hiere curando, transformando las llagas de sufrimiento en llagas de amor. Si podemos hablar según los "sentidos espirituales", aquí ya no se trata de la "mirada de Dios" que ilumina el corazón al mirarlo, sino del "toque de Dios" que cura el corazón al herirlo.

Esta purificación de las heridas del corazón por el amor es una gracia que atrae a los seres más heridos y arrebató a los santos que tienen el corazón más puro. Curación de la herida por la herida: *Por sus heridas hemos sido curados* (*Is* 53, 5).

22. S. JUAN DE LA CRUZ, *Llama de Amor Viva*, Declaración a la Canción 1, v. 2.

La pureza de corazón

En cada etapa de nuestra reflexión hemos intentado ver cuáles son las fuentes de la pureza y las raíces de la impureza, los medios de purificación y la cualidad de pureza de corazón.

1. La pureza de corazón antes de ser moral es primeramente teológica: es la pureza de la fe. Es el momento de la "verdadera gnosis", en el sentido de los primeros Padres de la Iglesia, es decir, del conocimiento del verdadero Dios y de la verdadera fe. San Pablo habla de la *fe del corazón* (Rm 10, 10) y de la *circuncisión del corazón* (id. 2, 28-29) y a propósito de la circuncisión San Pedro declara al Concilio de Jerusalén: *Dios, que conoce los corazones, dio testimonio en su favor* (en favor de los gentiles) *comunicándoles el Espíritu Santo como a nosotros; y no hizo distinción alguna entre ellos y nosotros, pues purificó sus corazones con la fe* (Hch 15, 8-9).

Esta fe es la fe en el Dios único, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Y esta fe en el Dios único "concentra" o *unifica el corazón* según la palabra del salmista (Sal 85, 11) en el amor único del Único.

La impureza profunda es la de los ídolos, el amor al mundo y a lo que está en el mundo, *la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas* (1Jn 2, 16); concupiscencia y orgullo que no vienen del Padre, sino del mundo.

2. El desierto que sustrae del mundo al hombre y pone al desnudo los pensamientos de su corazón —el desierto exterior que es el reverso de la desnudez de corazón—, sólo el desierto, permite el discernimiento de los pensamientos que habitan el corazón y de los espíritus que lo mueven. Es el momento a la vez "crítico" o "diacrítico" del discernimiento de espíritus, y "ascético" del combate espiritual. El fruto de esta lucha contra las pasiones es la *apathía* que es retomada por Casiano con el tema de la pureza de corazón²³. Y de la pureza de corazón nace la verdadera caridad. San Pablo habla de *la caridad que procede de un corazón puro* (1Tm 1, 5). De un corazón muy puro brota el amor de la misma pureza, de ahí la exigencia del amor —una exigencia fuerte como la muerte—, de la pureza de corazón para amar. La exigencia del amor y del absoluto de la santidad no forman más que uno y no se puede desear el amor sin

23. Cf. S. MARSILI, osb, *Giovanni Cassiano ed Evagrio Pontico, Studia Anselmiana* 5, Roma, 1936.

encontrar su absoluto. O entonces no es el amor, sino un ídolo. Sólo el que tiene un corazón muy puro conoce el amor de Dios y el ardor del amor lo purifica-también de lo que en él no es amor.

3. La última purificación del corazón es la herida: sólo conocemos el amor a través del sufrimiento y el amor mismo hace sufrir mucho. Sufrimiento por la impotencia para amar. Sufrimiento por la impotencia del amor. Sufrimiento que no es solamente el del corazón humano en su estrechez y su radical impotencia para amar, sino también abismo de sufrimiento del Corazón de un Dios que sufre por amor.

Es el momento pasivo del corazón que "padece a Dios" y del misterio del amor en su centro: el Corazón de Cristo, fuente de toda luz, vida y pureza.

Es necesario ser puro para alcanzar al Puro. La fórmula es de Platón²⁴ pero expresa el objetivo de toda purificación cultural y el deseo de una intención pura en el amor. Pero sólo Cristo es nuestra verdadera purificación "porque él nos purifica para que al ser puros, podamos recibir a aquel que es la pureza"²⁵.

Francia

Ysabel de ANDIA

24. *Fedón* 66d, 67c, 70.

25. GREGORIO de NACIANZO, op. cit.